



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



8 de diciembre de 1888



Núm. 58



LAS DOS CEREZAS

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

SERÍA injusticia no reconocer á los franceses por maestros incomparables en el arte de divertirse. No importa que en algunas cosas hayan decaído: en el terreno artístico nadie les podrá disputar la supremacía.

Digo esto á propósito de un espectáculo que promete alcanzar en París un éxito colosal: tal es un teatrillo de títeres en el cual se está representando en la actualidad nada menos que *La Tempestad*, la pos-trera y más profunda obra de Guillermo Shakespeare.

Pero esto no es nada en comparación de lo que se prepara: el *Prometeo*, de Esquilo, que, entre paréntesis, podéis leer magníficamente traducido al castellano por el Sr. Brieua y Salvatierra, docto catedrático granadino.

Ellos tienen buenos actores, no hay duda; pero no encontrándoles á suficiente altura para representar las más insignes entre las obras maestras de los grandes dramáticos, han apelado á los títeres, haciéndoles hablar por boca de los mejores poetas y de las más dulces voces de mujer.

Y cuentan, los que lo han visto, que no hay nada tan maravilloso como esos actores de madera, infinitamente preferibles á los de carne y hueso por muy varios conceptos: entre ellos el no cobrar quincenas.

Así refinan y quintesencian en París los placeres del espíritu, mientras que aquí ¡Dios nos valga! en vez de convertir á los títeres en actores, convertimos á los actores en títeres.

Y ya que de tales personajes hablamos, voy á aprovechar la ocasión para decir algo respecto á esta diversión que hizo las delicias de mi niñez, pues no era yo poco entusiasta de *Moxoni*, nombre que tiene en catalán el *Polichinela* napolitano.

Hay que saber, pues, que los títeres son de más elevada prosapia que los más empingorotados gutibambas de nuestro suelo, como que su origen se remonta á aquello que tan haraganamente se llama *la noche de los tiempos*; pero no ha faltado quien, precisando más, haya fijado la fecha de la primera aparición histórica titeresca.



Las dos cerezas

El ejemplar más antiguo conocido es una silueta de *Moxoni* encontrada por M. Champollion en las paredes de la tumba de Sesostris (1500 antes, ó probablemente muchos más, antes, de Jesucristo).

Quince siglos después, hablan de ellos los mejores historiadores y poetas romanos: Horacio, Varrón; aunque, á la verdad, las famosas *máscaras trágicas* no eran otra cosa más que unos títeres reformistas ó reformados.

Como tampoco fueron más que una degeneración títeresca las *máscaras* italianas: Polichinela (de Nápoles), Arlequín (de Bérgamo), Mea Patasca (de Roma), Pantalone (de Venecia), Braganzon (de Boloña), etc., etc.; primos hermanos carnales del *Guignol* de París y el *Moxoni* barcelonés.

Relegadas á la ínfima clase de los espectáculos públicos, desdeñados por el profano vulgo, no por eso se borran del recuerdo de las más ilustres inteligencias; y, enternecido el gran Gounod, escribe, hará de esto unos cuantos años, su *Marcha fúnebre para el entierro de una marionette*.

Uno de los más entusiastas restauradores del arte caro á Maese Pedro, pero más caro para D. Quijote, es M. Ernesto Renan, el cual ha manifestado su resolución de escribir varios dramas para que se los representen los títeres, juzgándolos por los únicos capaces de salir airoso del empeño.

Y, á la verdad, parece que es así efectivamente, y que ningún cómico de allende los Pirineos, y con mayor motivo ninguna cómica, es capaz de representar *La Tempestad* como la representan las *marionettes* de la Plaza Real.

¡Felices los franceses que saben hacer sublimes los títeres y grandiosamente épicas las sombras chinescas, como en *La Retirada de Rusia*, de M. Caran d'Ache! Aquí no sabemos más que inventar copias de las peores revistas de fin de año y vaudevilles ultrapirenaicos, sin decir que pertenecen á M. Labiche.



La niña minera

Es la única originalidad que caracteriza á los aplaudidos autorcillos que hoy se dan, á pesar de lo cual el buenazo del público llena todas las noches el teatro donde se representa no sé qué grito de bestia.

*
**

No he de terminar estas líneas sin expresar la satisfacción con que me he enterado de los brillantes progresos que de año en año va alcanzando la sociedad *El Fomento de las Artes*, que inauguró hace pocos días el presente curso, apareciendo matriculados en sus clases el respetable número de 1,271 alumnos.

Vese allí un núcleo de laboriosidad y amor á la instrucción que hace concebir las mas halagüeñas esperanzas. Ya el pasado curso hubo que crear nuevas asignaturas, entre ellas la de colorido industrial; y es de esperar que de año en año irán aumentando y especializándose.

Como dijo en la bella é interesante *Memoria* que leyó el secretario 2.º, D. Angel Alfaro: «Una sociedad corrompida, degradada, como la de este siglo, necesita mucha instrucción, necesita muchos centros como *El Fomento de las Artes*, para que la atraigan hacia el camino del bien, y se produzca una regeneración social por medio de la instrucción, y venga por la fuerza insuperable de la ley lo que sólo da la instrucción: la prosperidad nacional.»

Y ahora sí que me tiraría yo de los pelos por no poder insertar *íntegro* el discurso leído á continuación por el distinguidísimo profesor D. Julián de la Reguera, bajo el rótulo de: *Consideraciones sobre la educación social*. Humorístico en la forma, trascendental en el fondo, nutrido de enseñanza, práctico, discretísimo, es digno en un todo del talento envidiable de su autor, uno de los matemáticos más simpáticos y más sabios que tenemos en España.

En cuanto al discurso del presidente sobre *La cuestión obrera y el Fomento de las Artes de Madrid*, baste con decir que es de Labra, que es como si dijéramos *es de Lope*.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



REVISTA DE HIGIENE

COSAS VIEJAS.—COSAS NOVÍSIMAS

VAYAN unos cuantos preceptos que, si bien todo el mundo conoce y practica hasta haberse convertido, afortunadamente, en verdadera perogrullada, nunca está de más recordar.

Sin aire, sin calor y sin luz, de determinada calidad y en cantidad proporcionada, es imposible gozar de la salud conveniente. Precisa, pues, que el *aire* sea puro, y para que lo sea es menester orear las habitaciones y apartar en



Lo que hace el viento

seguida todos los *detritus* animales y vegetales que puedan infestar la atmósfera.

Una de las causas más poderosas de viciación del aire es la respiración. El aire espirado contiene no solamente ácido carbónico, sino también un veneno líquido, que es uno de los más formidables que se conocen: es necesario, pues, ventilar las alcobas, las salas donde se reúne mucha gente, las enfermerías, las escuelas, etc. Contrayéndonos á este último punto, diremos que es indispensable se abran todas las ventanas de las aulas en el intervalo que media entre las lecciones.

Sabido es que el aire de los lugares pantanosos, respirado después del ocaso, puede originar intermitentes, siempre temibles, pues á veces resisten á todos los tratamientos. El aire más puro no es, sin embargo, el de las primeras horas de la mañana, sino cuando el sol se ha elevado ya un poco sobre el horizonte.

La luz es un gran factor higiénico, activándose bajo su influencia nuestras funciones. Nada más insalubre que permanecer todo el día encavernado en habitaciones oscuras, como son la mayor parte de las de nuestras viejas ciudades, sin exceptuar el casco antiguo de Madrid ó Barcelona. La falta de luz suficiente es causa de escrofulismo, y por lo tanto conviene contrarrestar la funesta influencia de la lóbreguez doméstica con paseos al sol por plazas, calles, paseos, etc.

Respecto al *calor*, conviene tener presente que la ropa de uso debe brillar siempre por su limpieza y variar según las estaciones. Está fuera de duda que las prendas interiores de algodón son más higiénicas que las de hilo.

Cúidese de no llevar demasiado apretados la corbata, las ligas, los cuellos; pues se oponen al perfecto desempeño de la respiración y la circulación. Conviene igualmente no usar calzados estrechos.

Los baños, hoy tan en moda, son una práctica que nunca será bastante elogiada. Téngase presente, sin embargo, que sería una imprudencia gravísima tomarlos antes de haber trascurrido cuatro horas de haber comido. Muy calientes, pueden ser sumamente perjudiciales; y si fríos, debe permanecerse poco tiempo en ellos, á menos de saber nadar.

Conviene mudar de ropa cuando se ha mojado, y no sólo esto, sino enjugar-



Lo que hace el viento

se también la piel para quitarle toda humedad antes de que desaparezca por evaporación. Dejar secar la ropa mojada llevándola puesta, aunque sea acercándose al fuego ó colocándose en una corriente de aire, es práctica dañosa.

No hablamos de la conveniencia de lavarse bien todos los días la cara y las manos, porque, como ya dijo el otro y es bien sabido:

El aseo en la persona
muchos bienes proporciona.

*
* *

Si esto os parece viejo, allá va una cosa nueva: el tratamiento de la tisis por medios higiénicos; y hablo de este asunto no porque tenga nada que ver con vosotros, sino para que lo sepáis.

Trátase, pues, de que los tuberculosos se sometan á la acción de inhalaciones de aire caliente y seco (120° á 190°) unida á la de los baños romanos (baños de aire caliente de 40° á 50°), tomados durante un cuarto ó media hora, dos veces al día. Las inhalaciones deben efectuarse durante el baño. Es tratamiento que conviene, según Halter de Westfalia, á los predispuestos y principiantes, pero no deben someterse á él los que han llegado al último período. La

razón de la virtud del aire caliente está en la pureza de éste y en la manera como activa las funciones respiratoria y cutánea, y por lo tanto los cambios nutritivos, lo cual es muy favorable para la destrucción de los malditos bacilos.

Krull es partidario también del aire caliente, pero no quiere que las inhalaciones pasen de 46°.

Os diré, sin embargo, que ni uno ni otro tratamiento inspiran, al parecer, gran confianza.

Más divertido, y, según afirman, de resultados mucho mas brillantes, es otro tratamiento preconizado por Deltweiler, director del Sanatorio de Falkenstein. Este señor recomienda á los tuberculosos la vida al aire libre, así en verano como en invierno, así en primavera como en otoño, en los bosques



Lo que hace el viento

bajo una tienda, ó so un simple cobertizo abierto á los cuatro vientos. La única precaución estriba en abrigarse bien por la noche.

La mejor manera de *irse jaciendo* á esta vida es de comenzarla en la cama. A falta de vivir en los bosques, puede acomodarse el paciente en las galerías, balcones, habitaciones abiertas por la noche, pórticos, etc., etc. Cuéntase que la aclimatación se consigue rápidamente, y que, una vez adquirida, no les queda á los enfermos la menor gana de meterse dentro: tan notable es su mejoría.

Si el médico se encuentra con tuberculosos timoratos, puede transigir imponiéndoles el minimum de siete horas al aire libre, pero por la noche hay que dejar los balcones entreabiertos.

No importa nada que haga frío, ni aunque el termómetro señale 12° bajo cero, ni que nieve, ni que haya niebla, ni que haga viento.

En los diez años que hace emplea este tratamiento, el director del Sanatorio de Falkenstein ha tenido á su cargo 1,022 enfermos, de los cuales ha despedido á 132 (13 por 100) completamente curados, y 110 (11 por 100) piramidamente mejorados.

Es de desear que los resultados sucesivos corroboren este magnífico tratamiento, pues los tuberculosos de pocos recursos podrían recobrar la salud á poca costa, bastándoles irse á un bosque é instalarse allí bajo un simple techado.

DOCTOR PÁNFILO

Á MI QUERIDA MADRE

¡Madre del alma querida!
¡Cuánta bondad te dió el Cielo!
No vives con otro anhelo
que la dicha de mi vida.

Te quiero mucho: te quiero...
Pero no, no lo diría...
Mi pluma no expresaría
este cariño sincero.



¿Se pueden quizás contar
de las playas las arenas
ni las castas azucenas
que en abril han de brotar?

¿Ni las estrellas brillantes
que esmaltan el cielo azul
bordando su leve tul
con reflejos de diamantes?

¿Ni las espigas doradas?
¿Ni la variedad de flores?
¿Ni los pardos ruiseñores
que habitan en la enramada?



Los niños perdidos

¿Ni la blanca nubecilla
que como gasa ondulante
cubre la luna un instante
y luego más pura brilla?

Pues toda esa inmensidad
es ilusión, comparada
¡oh, madre mía adorada!
con tu infinita bondad.

No has de extrañarte por eso,
porque tú me quieres más:
lo dices cuando me das
sobre la mejilla un beso.

Tú me enseñaste á rezar
las primeras oraciones,



y todas mis ilusiones
las quisieras realizar.

Si tengo en el alma fe
y hay en mi alma poesía,



Que entonces sentir me haces,
con ese labio bendito,
un amor tan infinito
que al corazón satisface.



te las debo, madre mía,
porque en tu amor me inspiré.

Por eso tu nombre santo,
cuando de mis labios brota,
toda mi ternura agota;
por eso... te quiero tanto.

ANTONIO CASO Y GUIADO

Los niños perdidos

LO QUE LEEN LOS NIÑOS

Si el epígrafe no hubiese resultado sobrado largo, hubiera añadido en *España*, ya que de lo que leéis vosotros vamos á tratar. Y hubiera añadido en *España* porque, además de ser lo único que á nosotros nos atañe, lo que leen los niños en otros países es mucho y bueno, lo cual nos releva de ocuparnos de ello. En cambio lo que leéis vosotros no puede ser más detestable y contraproducente, y eso es lo que os vamos á demostrar.

Es un mal inveterado y gravísimo, pero ello es que la gran mayoría de los que escriben para vosotros, ó os hablan en tonto ó os hablan en sabio: pocas, muy pocas veces, con el tacto, con el cuidado, con la delicadeza y precaución, y sobre todo con la concisa claridad, con que se os debe hablar. Si os ofrecen obras recreativas, os narran cuentos insulsos y desabridos, reseñas inverosímiles y fantásticas que pasan por vuestra imaginación como las vagas siluetas que brotan del fondo de una linterna mágica, rápidas, fugaces, momentáneas, sin dejar huella ni sombra de su paso,



Los loros

disolviéndose toda impresión apenas acabáis de leer. Si os dedican obras morales, se busca de lo moral lo que mil y mil veces habréis oído contar: vidas de santos, algunos pasajes de la *Historia Sagrada*, parábolas que por doquier veis explicadas; lo que ya sabéis, lo que en distinta forma se explica en clase, lo que ni aviva vuestra fe ni desarrolla vuestros conocimientos: siempre lo rutinario, y lo vulgar. La Iglesia ha tenido sabios doctores y santos padres que han escrito páginas sublimes, las cuales no sólo rebosan mística exaltación, sino que resuelven y definen trascendentales problemas, siendo fuente de la más alta sabiduría. Nadie, sin embargo, se inspira en ellas para inculcaros la fe y demostraros la senda de la virtud: con

que os hablen de Adán y Eva, del sacrificio de Abraham y de alguna novedad por el estilo, creen, los que escriben para vosotros, que han llenado cumplidamente su deber.

¿Quién se ha tomado hasta hoy el trabajo de educar vuestro gusto literario y de fortalecer vuestra educación moral? De pervertirlo y extraviarlo, muchos; de desarrollarlo, muy pocos. Ahí están para acreditar lo primero esa infinidad de libretos de cuentos traducidos de lo peor que se publica en el extranjero y adornados con churriguerescas ilustraciones, capaces de pervertir el gusto más depurado. Ahí están esas historias, que ni son historias, y esas comedias, que ni son comedias, que á son de bombo y platillo las recomiendan celosas sociedades, no para favoreceros á vosotros, sino en obsequio del amigo librero que necesita despachar algunos cientos de ejemplares para realizar su... negocio.

Si de las lecturas recreativas pasamos á las instructivas, no saldremos, de fijo, mejor parados. Ya debéis conocer el *Juanito*, un libro muy moderno: no tiene más que ciento y pico de años. Pues bajo su molde se fundan todos, absolutamente todos los libros que se destinan á la lectura de los centros de enseñanza. Podrá observarse variedad en los títulos y en el tipo tipográfico;

pero en el fondo todos son *Juanitos* corregidos y aumentados, todos revelan la misma elegante novedad.

Escribir para vosotros es tarea mucho más difícil de lo que parece y que requiere un gran tacto, una delicadeza á toda prueba y una serenidad de juicio á todas luces acreditada. Escritores que en el mundo literario gozan de reputada fama, han tenido la mala suerte de *matar* cuantas publicaciones infantiles les han sido confiadas, lo cual viene á demostrar que no se os conoce, que no es lo mismo deleitar á un hombre, cuyo gusto puede ser muy dudoso y discutible, que entretener agradablemente á un niño, á cuya imaginación se resiste todo lo que no tiene la frescura y lozanía de las primeras flores primaverales.

En todos los países la lectura de los niños ha sido mirada y atendida con



Los loros

preferencia sin igual. Francia sostiene infinidad de bibliotecas de educación y recreo, publicando, al efecto, obras de los más insignes escritores de aquella república. El popular Julio Verne ha escrito veintisiete libros con destino á las mismas, habiendo hecho lo propio Erckman-Chatrian, Stahl, Müller, Mr. Thiers, Víctor Hugo, Mayne Reid, y otros muchos famosos escritores que han considerado como tarea muy honrosa y patriótica la de contribuir con sus obras á formar la juventud brillante de su país. Inglaterra y Alemania sostienen, asimismo, numerosas publicaciones dedicadas á la infancia; é Italia puede ufanarse de ocupar en ese regenerador movimiento muy preferente lugar. También allí los escritores más notables dedican sus talentos á escribir obras recreativas para bibliotecas de la juventud, y és considerado y estimado como el más eminente el que mejor y con más sencillez y facilidad consigue hablarlos. Recientemente, Edmundo D'Amicis, uno de los primeros escritores de aquel país, ha publicado un libro, hermoso, delicado y altamente conmovedor. Lleva por título *Corazón: diario de un niño*, y no es posible leer aquellas sentidas páginas sin sentirse fuertemente impresionado, tanto por la delicadeza del asunto como por la encantadora sencillez de la narración. D'Amicis

ha dedicado su hermosa obra á los niños de España por cariño indudablemente; pero ¡quién sabe si también porque conoce la desoladora orfandad de vuestra literatura!

EL CAMARADA, fiel observador de la misión que se impuso al venir al estadio de la prensa, inaugurará muy en breve una biblioteca á vosotros dedicada. Es muy posible que *Corazón* forme parte de ella, por lo cual no quiero seguir hablándoos de él, prefiriendo dejar para vosotros todas las emociones que su agradable lectura indudablemente os causará.

BENJAMÍN



AL ULLA ⁽¹⁾

Crucé por tus campiñas
de racimos de oro tapizadas,
y, al contemplar tus viñas
con rosas enlazadas,
dije que eras edén, mansión de hadas.

Te besa un sol de fuego,
y tu llano, que bañan claros ríos
con caprichoso juego
bajo árboles sombríos,
regala venturosos desvarios.

Tus montes gigantescos,
tu inmensa calle de cristal movable
orlada de arabescos,
que ese Dios invisible
logró adornar con mano imperceptible,

dejaron en mi alma
recuerdo eterno, y de la mente mía,
que reposaba en calma,
deslizanse á porfía
ensueños de candor y poesía.

Por camino de flores,
con frutas y granates entoldado,
he visto ruiseñores
en su nido pintado
y de diáfanas perlas salpicado.

Álzase en ti la ermita
que atesora la imagen milagrosa
que aparta y precipita
la tempestad furiosa,
entre las rocas, á insondable fosa.

Cual águila atrevida,
se mira en la alta cumbre el santuario
que á meditar convida,
blanco como el sudario
que á Dios sirvió de velo funerario.

La Virgen te bendice,
hermoso valle, pintoresca tierra,
y quiere se deslice,
en la cabaña y sierra,
la paz entre los hombres, no la guerra.

CARMEN BECEIRO

(1) En Galicia.

Santiago, 1888



La niña golosa

❖ NUESTROS GRABADOS ❖

LAS DOS CEREZAS

Ida es una niña de seis años solamente; pero ya se distingue por su generosidad y buenos sentimientos, de modo que todos la aman.

Cierta día su tío le regaló dos cerezas, y en vez de comérselas, como lo hubieran hecho otras muchas niñas, corrió á su casa para dar una á su mamá y otra á su hermanito pequeño. Al saber esto su tía, quiso recompensar este rasgo de generosidad, y al efecto fué á la plaza, compró media libra de las mejores cerezas que pudo encontrar y se las regaló á Ida, quien las repartió entre todos, guardando sólo para sí unas pocas. Todas las niñas deberían imitar el ejemplo de ella.

LA NIÑA MINERA

El papá de Micaela, que era minero, estaba en California y había escrito varias veces dando detalles sobre la manera de coger el oro; detalles que la niña escuchaba con mucha atención aunque sólo tenía seis años.

Un día Micaela fué al estanque acompañada de sus hermanos, y, mientras que éstos se entretenían en arrojar piedras al agua, la niña comenzó á socavar la tierra con una pequeña pala que había cogido, pues deseaba buscar oro como su padre.

¡Qué maravilla! Apenas hubo escarbado un poco la arena, encontró una moneda de cinco duros.

Poco después acercáronse sus hermanos, y, como la viesan llenando una cesta de arena, preguntáronle qué hacía.

—Busco oro,—contestó Micaela.

—No lo encontrarás,—contestó el hermano mayor sonriendo.

—Pues mira, ya he hallado esto,—repuso la niña mostrando la moneda de cinco duros.

Todos soltaron la carcajada, porque aquella moneda era la misma que su tío Juan había perdido algunos días antes.

LO QUE HACE EL VIENTO

Cuando se aproxima la primavera los vientos comienzan á soplar, elevando los cometas de los chicos á grande altura y arrebatándoles á veces sus gorras y sombreros.

Los vientos del verano agitan las flores en el jardín, doblan las altas yerbas y balancean los nidos de las aves, arrancándolas á veces de su sitio.

Más tarde vienen los vientos de otoño, que espantan á las abejas y arremolinan las hojas en el suelo después de haber despojado de ellas á los frondosos árboles.

Y por último comienzan á silbar los vientos del invierno, que hacen volar la nieve por los aires, cubriendo con ella campos y colinas, y que son precursores del fausto día de año nuevo, tan esperado de los niños.

LOS NIÑOS PERDIDOS

Dos niños se escaparon de su casa para ir á jugar al inmediato bosque, donde, cansados de jugar, quedaron profundamente dormidos sobre el césped. El perro de la granja, enviado en su busca, los encontró al fin, y con sus ladridos avisó á las inquietas madres, que llegaron presurosas. El fiel animal fué el encargado de conducir á lomo á los traviesos niños á su casa, donde las mamás les hicieron tomar un baño, porque estaban llenos de polvo y barro, acostándolos después para que descansaran de sus fatigas.

LOS LOROS

Federico tiene dos loros, uno grande y otro pequeño. El primero habla mucho y dice muy bien las palabras que le enseñan. El segundo no sabe hacer más que gritar, y por lo mismo parece tener envidia del otro, al que trata de molestar siempre, aunque procurando

no ponerse al alcance de su pico, porque se acuerda que un día estuvo á punto de cogerle por la cola y despedazarle.

LA NIÑA GOLOSA

Matilde, niña de muy pocos años, vive en una de las poblaciones más cálidas de la América del Sur, donde abundan las frutas más dulces, y sobre todo la caña de azúcar. La niña era muy aficionada, en particular, á esta última golosina, y siempre estaba chupando un pedazo de caña, sin hacer aprecio de las advertencias de su mamá, que siempre la reconvenía, diciéndole que tanto dulce acabaría por hacerle daño. Al fin enfermó cierto día por el abuso de las golosinas, y, reconociendo cuán justas eran las amonestaciones de su mamá, no volvió á comer ya, cuando estuvo buena, sino aquellas frutas que no podían hacerle daño.

SIN TEMOR AL FRÍO

El excelente Juan no tiene más que doce años, y, como es muy pobre, debe ganar el sustento barriendo las calles y retirando la nieve cuando ésta cae en abundancia; pero vedle cómo va alegre y contento con su pala al hombro. El hielo y el frío no parecen hacer mella en él, y recorre las calles silbando y cantando, aunque la nieve le llega hasta cerca de las rodillas. Lejos de perjudicarle el penoso ejercicio, parece robustecerle, sus mejillas están siempre sonrosadas, y el ejercicio robustece su salud.



LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

—Eres un simplón,—le dijo duramente.—Levántate y anda á la cama. La estufa está vendida. No hay que hablar más del asunto. Un niño como tú no debe meterse en estas cosas. ¿Qué se te importa? ¡A la cama!

Cogió entonces la cántara de cerveza y la vació tranquilamente. Augusto se levantó, con las mejillas encendidas y la mirada brillante.

—¡No os atreveréis á venderla!—exclamó con violencia.—¡Lo mismo es nuestra que vuestra!

Strehla, furioso, rompió la cántara en mil trozos y pegó á Augusto con tal violencia que lo derribó por tierra.

Entonces tomó la lámpara y se retiró, tambaleándose.

—¿Qué ha pasado?—preguntó algunos instantes después Augusto, que volvía en sí de su aturdimiento.

Dorotea lloraba, inclinada sobre él. Augusto se sentó entonces en el suelo, con la cara entre las manos.

—Ya me acuerdo,—dijo en voz baja.

Dorotea lo cubrió de besos y de lágrimas.

—¡Prenda mía!—murmuró.—Pero ¿cómo te has atrevido á hablar así delante de padre? Está muy mal hecho.

—No,—respondió Augusto;—no he hecho mal. La estufa no es de él solamente: es de todos nosotros.

Dorotea sólo le respondió con un sollozo. Estaba demasiado asustada para hablar. Era la primera vez que se discutía la autoridad paterna en casa de los Strehla.

—¿Te has lastimado?—le preguntó ella por lo bajo, porque estaba muy pálido y había algo de extraño en su semblante.

—Sí... no... no sé. Pero ¿qué importa eso? ¡Es un pecado, es un robo, es una infamia!

—¡Oh Augusto! ¡No hables así de padre!—le dijo su hermana sollozando.—Tu deber es pensar que todo cuanto ha hecho es justo.

—¡Es una infamia!

—¡Augusto!—esclamó Dorotea con un gesto de terror. La daba miedo el niño: no podía comprender que quien hablaba de aquel modo fuese su hermanito, de ordinario tan apacible y tan sumiso.

Entonces púsose á cubrir la estufa de besos apasionados.

—Augusto, mi querido Augusto,—murmuró Dorotea;—no te estés aquí. Anda á acostarte: es tarde.

—Déjame en paz,—respondió Augusto entre dientes.—Aquí me quedaré.

—¿Toda la noche?

—Sí: podrían venir por la estufa esta noche. Por otra parte, no es este el momento de dejarle solo á Hirschvögel.

Su hermana trató vanamente de persuadirle que se fuera á la cama.—Me quedaré aquí,—respondió Augusto con obstinación. Y allí per-

maneció, en efecto: allí pasó toda aquella larga noche de invierno.

Al día siguiente, antes de rayar el alba, los tres hermanos mayores bajaron para irse á su trabajo, llevando cada uno su linterna.

Algo después, bajó á su vez Dorotea, con una luz en la mano, para arreglar la casa antes de hacerse de día.

Dirigióse hácia Augusto y le puso tímidamente una mano sobre el hombro.

—Querido Augusto,—le dijo;—debes estar helado. Mírame, hálame.

(Se continuará)



Sin temor al frío

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.